

De la brillante fábrica celeste
Bruñido y vasto y digno espejo solo;
Gigante que a dormir en el Oeste
Se ha tendido de un polo al otro polo,

¡El Pacífico surge! En su entusiasmo
Cae en la roca Núñez de rodillas,
Con voz interna en reverente pasmo
Alabando de Dios las maravillas.

Su sueño se ha cumplido; su deseo
Ve coronado; lo demás ¿qué importa?
Es el primer intrépido europeo
Que fija en ese mar la vista absorta!

¡Es su descubridor! Llama a su gente
Y le señala el piélago lejano,
Y en arenga, si rápida, elocuente,
Las creces pinta del poder hispano,

Las creces de la Fe, cuya alba pura
Brilla sobre magníficas regiones;
Y allí su gente al abrazarle jura
Seguir hasta la muerte sus pendones.

De su monarca en nombre y con voz clara
Núñez de costa y mar se posesiona,
Y el sacerdote humilde Andrés de Vara
Himno de gratitud férvido entona.

La turba que los cerca se prosterna
Acompañando el cántico cristiano
Que en honda y poderosa voz eterna
Aun repite al Criador el Oceano.

X

Sí; desde allá, al Oeste, muestra sus ondas graves
Tersas cual limpio espejo
Cuando se aduermen suaves
Las matinales brisas que del Oriente van:
O en lúgubre cortejo
Subiendo procelosas
Hasta anegar las Osas
Si con sus alas negras le agita el huracán.

En vasta superficie ya plácido retrata
De la naciente luna
La bella luz de plata,
La púrpura de Tiro que a el alba es arrebol;
O se ennegrece pronto
Si nube espesa y bruna
Tiende entre cielo y ponto
Sus formas gigantescas, la luz robando al sol.

Cuando tranquilo duerme, miramos en sus grutas
 Y entre sus selvas largas,
 Inmóviles e hirsutas,
 El nácar de la perla y el risco del coral.
 Despierto, en su camino,
 Sus ondas más amargas
 Ver dejan al marino
 Manta redonda, horrible, ballena colosal.

Solos rivales dignos, fuertes como él y grandes,
 Se ostentan a su lado
 Los ponderosos Andes
 Que en Magallanes surgen y erizan el Darién.
 ¿Qué mucho que la espalda
 Celosos le hayan dado,
 Y con su inmensa falda
 Al mar de Atlante opuesto el Amazonas den?

El mar del Sud en pago a esos gigantes muestra,
 Rugiendo a su pie mismo,
 Su cólera siniestra
 Que al Tequendama asusta que se despeña allá.
 Si altísimo es Sorata,
 Hondísimo es su abismo,
 Y un día en catarata
 Con aguas de su fondo la cumbre anegará.

Mas duerme hora cual niño el lidiador gigante
 Sin que aun sus olas rinda
 Del fiero navegante
 Que desde Europa llega, al lino y al timón.
 De sus intactos senos
 Con la riqueza brinda,
 Con sus espacios llenos
 De luz, a quien desvelen la gloria y la ambición.

Y el cántico repite de aventurero rudo,
 Y de sus quietas olas
 En el brillante escudo
 Al vencedor ofrece magnífico pavés.
 Alzadas en él fueron
 Las huestes españolas
 Que un Mundo descubrieron
 Y al Nuevo y al Antiguo miraron a sus pies.

El cántico repite del grupo que acompaña
 A Vasco venturoso:
 Repite ¡gloria a España!
 Repite ¡gloria al digno feliz Descubridor!
 Y con su voz potente,
 Ya en ira, ya en reposo,
 Cantando eternamente,
 Del Septentrión al Austro repite ¡gloria a Dios!

XI

Para marcar el sitio desde donde
 El anhelado piélago descubre,
 Vasco manda cortar un alto pino
 Que, ya en forma de cruz, planta en la cumbre.
 Luego desciende hacia la costa; lidia
 Con las tribus que el paso le interrumpen;
 En Cheapes se detiene, guías toma
 Y oro en tributo y dádivas reúne.
 Su teniente Pizarro a la ligera,
 Con hueste armada sólo de arcabuces,
 A través del bosque se adelanta
 En busca de la playa, y aunque ruge
 El mar de allí no lejos como el norte
 Entre lóbregas selvas en octubre,
 Al salir a escampado encuentra inmenso
 Llano de arena, en vez de ondas azules.
 En él en seco yacen dos piraguas
 Cuyo destino al español se encubre.
 Mas, a poco, bramando en la marea
 Cual irritado monstruo que no sufre
 Cadenas y las rompe, llega el ponto
 Con rapidez insólita; en volubles
 Olas de hirviente espuma anega el llano
 Y a los otros inmediatos sube.

XII

Flotan ya las piraguas y las montan
 Con firme decisión y raudo empuje
 Martín Alonso y luego Blas de Etienza,
 Los primeros a ser que este mar sulquen.

De su teniente al recibir las nuevas,
 Sale de Cheapes Vasco hacia la playa:
 Síguele el grueso de la hispana gente,
 Y el cacique y sus indios le acompañan.
 Halló que el Oceano en su descenso
 Retiróse a dos millas de distancia,
 Y en toda su extensión, que hace horizonte,
 No alcanza a descubrir vela o piragua.
 Bajo los altos árboles que bordan
 De la eminencia próxima la falda,
 Inquieto, en peñas áridas sentóse
 Aguardando la vuelta de las aguas.
 Como las vió llegar impetuosas
 Un momento después, sacó la espada,
 Empuñó la bandera que en sus pliegues
 De Castilla y León lleva las armas,
 Y penetró en el mar, dando sonoros
 Vivas a Don Fernando y Doña Juana.

Recordando la fiesta religiosa
 Del día, «San Miguel» al golfo llama:

Quiere reconocerle ya mediado
 El tormentoso octubre que desata
 Con su aquilón las olas mal dormidas
 Engendrando, tal vez, negras borrascas;
 Y el cacique de Cheapes el peligro
 Le advierte, mas con él audaz se embarca
 En frágiles canoas, que cual secas
 Hojas el mar ya abisma, ya levanta,
 De entre erizadas rocas y arrecifes
 Por voluntad de Dios saliendo salvas.
 A isla desierta llegan en la noche
 Y sus canoas en los bordes atan
 Y suben a dormir en el seguro
 De las que pueden ver rocas más altas.
 Y no bien su vigor en el regazo
 De benéfico sueño restauraban,
 Cuando llega invasora la marea
 Cubriendo la isla toda y a la barba
 Da a los hombres en pie; morir creían,
 Pero a muy poco el mar se aquieta y baja.
 Se hallaron a otro día desolados
 Sin vestido ni pan, rotas sus barcas;
 Infúndeles aliento Vasco Núñez,
 Con yerbas y resina las reparan,
 Y en ellas retroceden y del istmo
 Logran tocar la conocida playa.

Aquejados del hambre invaden luego
 De Tumaco feroce la comarca:
 Cuentas de vidrio en hilos, del cacique

La mala voluntad quiebran o ablandan,
 Y a Vasco entrega las primeras perlas
 Gruesas y de iris bello y aun mojadas,
 En que se ve que dista espacio breve
 El fondo en que se crían. Buzos manda
 A pescar nuevas ostras el cacique;
 Presencia el español la pesca rara:
 Las perlas grandes en los hondos senos,
 En fondo escaso las menudas cuajan,
 Y éstas a la ribera cuando agita
 La tempestad el mar, suele arrojarlas.
 Ponderando Tumaco las riquezas
 De la región del Sur, a Núñez habla
 De un grupo de islas do las conchas sirven
 De escudos y atesoran en su entraña
 Del tamaño de un huevo de paloma
 Perlas redondas del color del alba.

De sus exploraciones satisfecho,
 Atraviesa de nuevo las montañas
 El Jefe, y los caciques danle guías
 Y guerreros le dan y hombres de carga,
 Y al despedirse enternecidos lloran,
 Que tanto así la voluntad les gana.
 Torna a Santa María de la Antigua;
 Recíbenle con vítores y palmas,
 Y del rico botín que ha recogido
 Al tesoro real el quinto aparta;
 Y escrita relación de los sucesos